

historia, una gran novela, un gran poema, ó una hermosa coleccion de peesías, y aunque dé V. de balde la obra, en que quizá ha empleado lo mejor de su vida, y tenga V. un nombre literario ilustre, probablemente no encontrará V. quien se la imprima.

— ¡Pero, D. Antonio, todo eso es horrible!

— Figúrese V. si me lo parecerá á mí que por espacio de veinte años he pedido el pan á la literatura, aunque con mayor y ménos merecida fortuna que otros.

— ¿Segun eso en nuestra patria la vocacion literaria es una desdicha?

— Desdicha, si se quiere buscar el pan con ella, porque áun se puede decir hoy como Larra dijo hace más de treinta años, que en España la literatura es un modo de vivir con que no se puede vivir. Dicha, si lo que con ella se quiere buscar es solamente honra, grato desahogo del corazon y honesto descanso del trabajo material ó intelectual que nos proporciona honradamente la subsistencia.

Iba yo á preguntar á Leandro si todavía deseaba renunciar la carrera del comercio, á que sus padres querian dedicarle, porque á ellos les habia proporcionado el bienestar de que gozaban, é ir á Madrid á dedicarse en cuerpo y alma á la vida del escritor público, cuando vino á interrumpirnos la buena de Mari-Santa, que parecia no haber visto á su hijo hacía un año, segun el amor con que le echó el brazo al cuello.

## XIV.

## EL HERÓICO CHÓMIN.

Los informes que yo daba, en 1862, de la vida literaria española, en 1874 adolecerán, á los ojos de los que la juzguen por lo que despues ha sido y es hoy, del optimismo y la aficion al color de rosa que se me suelen echar en cara. Pues aquella vida ha empeorado infinitamente en estos últimos seis años de espantoso desorden moral y material. En efecto, hoy que la guerra civil desuela, y casi incomunica una gran parte de la nacion; hoy que por la enorme subida de los cambios es casi imposible todo comercio con América, donde se consumia gran parte de nuestros productos literarios; hoy que las contribuciones absorben la mitad del producto del trabajo y del capital; hoy que el Estado se halla poco ménos que en quiebra, y casi á nadie paga; hoy que nadie tiene humor ni dinero para suscribirse á un periódico, ni para comprar un libro, ni para ir á un teatro, sino para ir á los toros, ¿cómo la vida del escritor no ha de ser infinitamente más triste que cuando la paz y la prosperidad reinaban en España?

Los editores no tienen la culpa de que esta vida sea tan triste, que harto hacen los que, como los de este libro, comparten con el escritor sus exiguas ganancias actuales, ó las que obtuvieran en mejores tiempos á fuerza de trabajo y economía!



Los ojos de las tiernas madres son una especie de zahoríes que ven todo lo que pasa en el corazón de los hijos.

Apénas Mari-Santa miró á la cara á Leandro, adivinó que á éste le contrariaba y entristecía algun desengaño. Diríase que habia oido al muchacho exclamar, al ver desvanecerse sus ilusiones de gloria literaria : «¡Le aseguro á V., D. Antonio, que hoy es uno de los dias más tristes de mi vida!»

— Ea, vamos á comer, con permiso de esas señoras las musas, dijo Mari-Santa sonriendo trabajosamente. El comedor estaba en el piso bajo.

Leandro, á excitacion de su madre, se anticipó á bajar para buscar y avisar á su padre que debia andar por la huerta.

Mari-Santa apoyó su brazo en el mio para bajar la escalera, ó mejor dicho para hablarme bajito.

— ¿Será escritor ó comerciante? me preguntó en voz baja y con vivísimo interes.

— No será escritor, le contesté tambien bajito.

Mari-Santa se puso muy triste.

— ¿Con que no sirve para eso? exclamó con la misma tristeza.

— Sirve como los de más talento, le contesté, pero no sirve la vida literaria para hacerle feliz.

El sentimiento que al decir yo esto se reflejó en el rostro de Mari-Santa, era una mezcla singular de ingenua alegría y santo orgullo de madre, que obedecia á á esta idea :

— Si mi hijo no adopta la profesion literaria no es

porque no tenga talento para ella, que le tiene como el primero, sino porque la profesion literaria no puede hacerle feliz, que como el primero merece serlo.

Bajamos, y salimos al descansillo de la doble escalinata, que precedia á la puerta principal de la casa, y dirigimos la vista hácia el emparrado. Ni Leandro ni su padre estaban allí, ni los veiamos por ninguna parte.

— ¿Dónde anda Leandro? preguntó Mari-Santa á Ignacia.

— No sé, señora, contestó la dueña; Teresita se fué con él en busca de su papá.

En aquel instante oimos la voz de Teresita, que llamaba á Chómin, sin que éste respondiera.

Chómin, á quien ya he nombrado, sin decir quién era, era un viejecito que hacia muchos años servia en Gorostiza de jardinero, hortelano y guarda, despues de haber pasado la juventud navegando entre Bilbao y América.

Ya tendrémos ocasion de conocerle más á fondo, pero entre tanto no debe ignorarse una de sus singularidades. Siempre estaba renegando de la mar y contando las malas partidas que le habia jugado, y el dia festivo por la tarde, despues que echaba un cuartillo en Basurto, se subia á Cobetas, desde donde se descubre la mar perfectamente, y allí se pasaba el resto de la tarde contemplando embobado á la fiera, cuyo nombre daba al mar, animado de un sentimiento de amor y de alegría muy parecido al que experimentan las madres cuando una vecina les dice : «¡Qué indómito y revoltoso es ese chico de



usted!» Y contestan, reventando de satisfaccion: «¡Sí, es una fiera!»

— ¡Ay, mamá, que no sé lo que le ha pasado á Chómin! exclamó Teresita asustada al dar vista á un declive de la huerta, que descendía hasta cerca de la ría.

A Mari-Santa y á mí nos dió un vuelco el corazon al oír esto, y echamos á correr hácia donde estaba la niña, á quien no acompañaba su hermano, porque se habia lanzado hácia la ría al comprender que allí ocurría algo grave.

Chómin, calado de agua y jadeando de fatiga, subía por la cuesta sostenido por D. Juan y Leandro.

Mari-Santa dió un grito de espanto al ver en aquel estado al pobre viejo, y preguntó con angustia qué era lo que ocurría.

— Lo que ocurre, contestó D. Juan, es que Chómin es un héroe.

Estas palabras volvieron el alma al cuerpo á Mari-Santa, en cuyos ojos se trocaron las lágrimas del dolor por las de la ternura y la alegría, sobre todo cuando supimos lo que habia pasado.

Lo que habia pasado era que Chómin acababa de salvar la vida de una mujer y un niño, sin pensar en el peligro á que exponía la suya.

Era la hora de pleamar, y la ría tenía agua hasta los bordes. Una mujer llamada Juana, de la casería de Inchaurre, que mediaba entre la ría y la huerta, acompañada de un niño pequeño, habia entrado en una chanela para pasar á la ribera opuesta, donde trabajaban su marido y su hijo mayor en una cerrajería. No se sabía cómo,

la chanela se les habia puesto por montera, y habian ido á fondo Juana, el niño y el chanelero, que era un muchacho de doce años. Á los gritos de éste, que como sabía nadar habia salido inmediatamente á flor de agua, habian acudido Chómin, que trabajaba en el declive de la huerta, y D. Juan, que continuaba bajo el emparrado matando avispas. Chómin se habia lanzado inmediatamente al agua, y sumergiéndose como un buzo una y otra vez, habia logrado sacar á tierra á la mujer y al niño, que, con ayuda de D. Juan y Leandro, habia conducido á la casería, donde quedaban libres ya de todo peligro de muerte, y asistidos de las vecinas, que habian ido acudiendo en su socorro.

Esto nos contó D. Juan en pocas palabras, mientras atravesábamos la huerta. Mari-Santa al oírlo se sintió tan entusiasmada y conmovida por el proceder de Chómin, que aunque el anciano estaba hecho una perdicion de agua y cieno, y ella era la más pulcra de las mujeres, no pudo resistir la tentacion de plantarle un abrazo, y hasta se me figura que le plantó algo más, pues D. Juan exclamó riendo alegremente, no sé si aludiendo al agua ó á las lágrimas que derramaba el viejo al abrazarle la señora, ó á otra cosa:

— ¡Chómin, V. sí que puede decir que no recibe de las mujeres abrazos á secas!



## XV.

## LA COMIDA.

Una madre no prodiga á su hijo en la ocasion en que más los necesita, cuidados más solícitos y tiernos que los que Mari-Santa prodigó al viejecito, hasta que le vió limpio, enjuto y repuesto de la fatiga.

— La emocion, dijo Mari-Santa, nos ha quitado á todos el apetito, y es necesario que nos entretengamos en algo miéntras el apetito vuelve. Yo, por mi parte, ya sé en qué puedo entretenerme un rato; en ir á ver á la pobre Juana y su hijo, ¡que sabe Dios cuántas cosas les harán falta! ¡Pobre Juana! Estoy segura de que cuando cayó al agua sólo pensó en el chico, pues cuando me comparo con ella me parece que soy una mala madre

Así diciendo, Mari-Santa atracó un *cabas* de lo mejorcito que habia en la despensa, y se fué con la dueña á Inchaurre.

Media hora despues volvió muy alegre, porque los náufragos no habian experimentado más que un gran susto, que se les habia acabado de pasar con unos bizcochos y una copita de Jerez, que ella les habia administrado, y ademas ya estaba al lado de ellos el chico mayor, que, sabedor en Deusto de lo ocurrido á su madre y su hermanito, habia corrido á la ribera, y no encontrando chanela pronta para pasar, se habia arrojado á la ría y habia pasado á nado, porque deliraba por sus pa-

dres y hermanos. Tambien á todos nosotros, inclusa á la misma doña Mari-Santa, se nos habia acabado de pasar la inapetencia, con cuyo plausible motivo, y obedeciendo la voz de mando de la directora, nos encaminamos al comedor.

— Es necesario, dijo Mari-Santa, que demos hoy á Chómin un solemne testimonio de la admiracion y el aprecio que nos inspira su heroismo.

Todos nos adherimos con el mayor entusiasmo á este parecer. El viejo, que chupando su pipa y vestido de limpio, como en dia de fiesta, lo oia sentado en el jardín, frente á las ventanas del comedor, nos miraba como alado, sin comprender de qué heroismo hablábamos, ni qué mayor testimonio de aprecio se le podia dar que el que habia recibido de todos, y particularmente de la señora.

— Me ocurre, añadió D. Juan, una buena idea; que Chómin coma hoy con nosotros, presidiendo la mesa.

Chómin, al oir esto, hizo un movimiento de sorpresa, y quizá de disgusto.

— Á mí me habia ocurrido eso mismo, dijo la señora; pero luégo he pensado que la idea no es buena, porque, como dice un poeta amigo y paisaño nuestro,

el cariño que muerde no es cariño.

Chómin no comeria á sus anchas como en la cocina con las muchachas, y por consecuencia, comeria mal. ¿No es verdad, Chómin? añadió Mari-Santa dirigiéndose al viejo.

— Es verdad, señora, contestó éste, y añadió medio riendo y llorando: Señora ama, V. por fuerza es bruja,



pues adivina todo lo que uno piensa y siente, ¡sin necesidad de que uno lo diga!

— (¡Bienaventurados, dije para mí, los hombres que dan con brujas de esa especie!)

— Chómin, le voy á dar á V. una prueba mas de mi brujería.

— ¿Cuál, señora ama?

— Véala V.: yo sé que tendrá V. mucho gusto en comer donde come siempre, y cuando unos y otros estemos á los postres, venir á sentarse á nuestra mesa, echar una copita de aquel ron que bebia V. hácia la Jamaica, fumar uno de aquellos cigarros que fumaba V. hácia la Habana, y contarnos una de aquellas historias que usted sabe.

— Verdad es, señora ama, que tendré mucho gusto en todo eso, contestó Chómin entusiasmado.

— Pues, ea, váyase V. para dentro, y los de fuera y los de dentro manos á la obra.

Cuando cerca de mediodia pasaba alguno por Gorostiza y se detenía á saludar á sus moradores, solía decirle doña Mari-Santa :

— Quédese V. á hacer penitencia con nosotros.

¡Vive Dios, que ya iria yo todos los dias á confesarme, con tal que el cura me mandase todos los dias ir á hacer penitencia en Gorostiza!

La penitencia que allí se hacia, en cuanto á la hora, era, como Mari-Santa me habia dicho, casi á lo aldeano, pero, en cuanto al arte, era, sin casi, á lo aldeano más clásico y puro, alternado con el arte exótico, porque Mari-Santa era filósofa ecléctica.

Sé muy bien que habrá gentes á quienes disguste mi realismo artístico-literario, si desciendo á ciertos pormenores de los gaudemus de Gorostiza, pues suponiendo que mis héroes son puramente fantásticos é ideales, quisieran que se mantuviesen del aire como los camaleones, ó cuando más de néctar y ambrosía como los dioses del Olimpo; pero sé tambien que hay otras gentes, y en mucho mayor número, que gustarán de saber que en Gorostiza se comia, entre otras cosas, pan de Gordejuela, repollo de Abando, chorizos de Munguía, cecina y pernil de Arratía, espárragos y percebes de Baquio, capones de Durango, sardinas de Santurce, langosta de Aurmenza y merluza de Bermeo; todo acompañado y sazonado con clarete riojano, chacolí baracaldés y sagardúa marquina.

Y aquello era allí lo ordinario. Lo extraordinario era..... la composición poética de sarten que Mari-Santa me habia dedicado. ¡Qué! ¿hacen gestos los enemigos del realismo, diciendo que la poesía no cabe en la sarten? Pues en sarten ó perol habia cabido la composición de Mari-Santa, que era más dulce que los idilios de Garcilaso y Melendez.

Aquella composición, que allí se llama sencillamente manjar blanco, y creo se llama en otras partes leche frita, era deliciosa hecha por Mari-Santa, que habia perfeccionado hasta lo sumo aquel ramo de la poesía culinaria, porque era uno de los que más gustaban á su marido y sus hijos.

He dicho que Mari-Santa era filósofa ecléctica, y voy á citar un ejemplo de ello. Sirviéronsenos unos macar-



rones que pusieran en peligro nuestros dedos á estar allí en uso el tenedor-cuchara asiático, y ya mi curiosidad y mi entusiasmo no pudieron resistir el deseo de pedir el nombre del autor.

— El autor, dijo Mari-Santa, es una servidora de usted, ó mejor dicho, es Teresita.

— ¡Teresita! ¿Será posible?

— Como V. lo oye. A principios de este verano fuimos á San Sebastian, y en la mesa redonda de la fonda donde paramos se sirvieron unos macarrones que gustaron á todos mucho, y, sobre todo, gustaron á mi marido. Yo hubiera dado cualquier cosa por saber cómo se hacía aquel plato para sorprender con él á Juan así que volviésemos á casa; pero ya comprenderá V. lo ridiculo que me parecia el ir á preguntárselo al cocinero. Teresita, que me habia oido repetidas veces lamentarme de no saberlo y que se pasaba el dia correteando por la fonda, y metiéndose en todas partes, y haciéndose amiga de todo el mundo con la poca aprension de su edad, fué muy contenta á buscarme cuando nos preparábamos á abandonar la fonda, y me dijo al oido: «Mamá, dame un beso y te digo una cosa.—Te daré aunque sean dos, hija, le contesté besándola. ¿Qué es lo que tienes que decirme?—Que ya sé cómo se guisan los macarrones.—¿Quién te lo ha dicho?—El cocinero, que es amigo mio.—¿Amigo tuyo?—Sí, me he hecho amigo suyo para preguntárselo y decírtelo. Verás cómo se hace ese plato que tanto le gusta á papá». Y Teresita me explicó *c* por *b* lo que yo tanto deseaba saber. Me faltó poco para comerme á besos á la chiquita cuando esto oí y poco ménos le su-

cedió á su padre cuando le sorprendí con los macarrones que tanto le habian enamorado, y le dije que el verdadero autor de aquel plato no era yo sino Teresita. Algunos detestan todo guiso extranjero sólo por el hecho de serlo, pero yo, aunque soy española pura y neta, estoy por todo lo bueno, venga de donde venga, y llámese como se llame.

Al aplauso que me habia merecido el plato de macarrones, añadí otro al eclecticismo de Mari-Santa, y otro á las inclinaciones maternas que despuntaban en Teresita, de quien me dijo D. Juan:

— Pregúntele V. á Chómin qué opina de Teresita, y verá como le contesta: «¡Esa..... pintada á su madre sale!»

## XVI.

### LA COMPATIBILIDAD.

Nuestra conversacion giró sobre la generosa y heroica accion de Chómin, y D. Juan me dijo:

— Á V., que debe tener autoridad de maestro para con este aprendicillo de poeta, se le presenta ahora excelente ocasion para probar el valor de la vena poética de Leandro: mande V. á su discípulo celebrar en verso la hazaña de Chómin.

— ¡Papá, contestó Leandro con tristeza, D. Antonio opina que debo abandonar el cultivo de la poesía!

— Hola, ¿con que eso tenemos? exclamó D. Juan un poco sorprendido.